

Tendiendo puentes que no acaban: nueva mirada a la poesía de José Moreno Villa

Natalia Vara Ferrero

La aparición en la colección «Letras hispánicas» de Cátedra de esta nueva edición de *La música que llevaba*, antología poética de José Moreno Villa, pone una vez más de actualidad a un polifacético artista que dinamita cualquier intento de clasificación simplificada. Pintor, narrador, ensayista, pero también bibliotecario y archivero, Moreno Villa brilla con luz propia en la constelación de la cultura española de los años veinte y treinta, indagador audaz de las vanguardias y participante del extraordinario vivero intelectual que fueron la Residencia de Estudiantes y el exilio mexicano. Esta edición, determinada por la mesura y el certero alcance de las apreciaciones del editor, pone de manifiesto la extraordinaria capacidad del artista malagueño para tomar el pulso a su mundo. Asimismo, indaga la estrecha relación que el resto de facetas de su obra creativa, sobre todo la pintura, establecieron con su poesía (en «Nueve o diez poetas», Pedro Salinas retrató al Moreno Villa de los años veinte como una especie alquimista moderno que tras haber encontrado «la fórmula mágica de la transmutación de las materias, se pasaba las horas [en su cuarto de la Residencia de Estudiantes] trocando poesía en pintura, pintura en poesía»).

Juan Cano Ballesta, el editor de esta antología, profesor emérito y crítico avezado en la poesía española y los movimientos de

José Moreno Villa: *La música que llevaba. Antología poética*, ed. Juan Cano Ballesta, Madrid, Cátedra, 2009.

vanguardia, atiende a la trayectoria del autor para ofrecer al lector una perspicaz aproximación a su obra poética. Sin un afán exhaustivo que entorpezca la lectura, plantea un acercamiento al fenómeno literario que funciona como puentes que permiten el acceso a un universo poético en el que el lector se sumerge deslumbrado por una poesía atrevida y variada. El texto que funciona como antecedente y referente directo de esta edición es la antología que el propio Moreno Villa seleccionó para *La música que llevaba. Antología poética (1913-1947)*, publicada en la editorial Losada de Buenos Aires en 1949. Se trata, por lo tanto, de una versión avalada por la última voluntad del autor, lo que no impide que el editor opte, con acertado criterio, por alterar el orden de los apartados y decantarse por una ordenación cronológica de los poemas. Una de las sorpresas más gratas la constituyen las últimas páginas, en las que se incluyen catorce poemas que no aparecieron en la antología de Losada por haber sido escritos entre la publicación de esta y la muerte del poeta en 1955. Cano Ballesta opta por un sistema con pocas notas aclaratorias, entre las que destacan algunas de las variantes de mayor interés de los manuscritos del Archivo José Moreno Villa, aclaraciones del autor, del editor y de algunos de sus críticos. Se evita así un excesivo aparato crítico, a favor de una selección que ofrece la oportunidad de adentrarse sin entorpecedores juicios previos en la lectura poética.

El estudio previo recorre la biografía vital y creadora de Moreno Villa desde sus primeros pasos, marcados por la herencia modernista, hasta sus últimas creaciones, determinadas por el peso del exilio mexicano y el recuerdo doloroso de los paisajes de la patria. Dos son los aspectos que el editor resalta sobre los demás: su capacidad para lograr una poesía cercana a la realidad, capaz de superar los límites asociados a la llamada «poesía de circunstancias», y la dimensión ética en la que se enraízan estos poemas, tanto los más irónicos y desasosegados como los desenfados y alegres. Las casi setenta páginas de introducción arrancan con la iniciática búsqueda de la voz poética que determina sus primeros poemarios: *Garba* (1913), *El pasajero* (1914), *Luchas de Pena y Alegría* (1915) y *Colección* (1924). Un joven Moreno Villa bucea entre motivos y formas clásicas alumbrando un estilo propio, emotivo y reflexivo, que toma forma a través de un lenguaje

conversacional y de una mirada meditativa. Se trata de un momento en el que es testigo y protagonista de uno de los períodos más brillantes de la cultura española desde uno de sus epicentros, la Residencia de Estudiantes, una «atmósfera privilegiada» que retrata en su autobiografía como «un rumor renacentista [...] Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país?». Esa poesía inicial conforma de modo novedoso formas y ambientes del folclore andaluz (poemas como «Dolorosa» y «En la serranía» han sido considerados antecedentes del folclore andalucista que consagraría García Lorca), pero también da forma «a una hermosa y prolongada metáfora sobre la existencia humana» con «En la selva frondosa». Esta densa meditación poética aborda la angustia vital del «yo» en una meditación íntima que tras entrelazar dudas, inquietudes y deseos eróticos, desemboca definitivamente en el incendio amoroso: «En una noche azul, callada y encalmada,/ la selva ardió./Y cuando vino el alba, rosada y alocada,/ apareció,/ recto y negro, en la cima, un carbón solitario./ Sagitario/ le corona en estío con su diadema astral». Este poema despertó el entusiasmo de dos de los hombres más influyentes de la cultura de la época, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset, cuya «Estética a manera de prólogo» se ubicó como introducción en el poemario. La creación poética de Moreno Villa evolucionará posteriormente, de la mano de su obra pictórica, por el camino de la experimentación hasta desembocar en el que, en opinión de Cano Ballesta y la mayor parte de la crítica que se ha ocupado de su obra, es su mejor poemario.

Con *Jacinta la pelirroja* (1929) encuentra el poeta su voz, pero también la poesía más dolorosamente alumbrada. Fruto de su tormentosa relación con una joven norteamericana, este «poema en poemas», como el autor lo subtuló, surge de la aceptación resignada, pero profundamente irónica, de una relación imposible. Se trata de una poesía surgida de una crisis amorosa que se eleva sobre sus limitaciones a través de un tono a veces festivo y otras reflexivo, pero siempre juguetón y desenfadado, en sintonía con la libertad artística y la huida de sentimentalismos que proponen las vanguardias. Una crónica amorosa en la que lo erótico, el humor y la alegría dibujan el estereotipo femenino de los años

veinte, con las luces («Así es Jacinta/ dictadora siempre del mundo de sus líneas./ Jamás sensiblera,/ jamás caediza,/ jamás inflada o roma,/ pesada o cautiva») y las sombras que presagian la ruptura final («Jacinta compra un Picasso de tres tonos,/ rosa, blanco y azul./ [...] Y Jacinta se besa la mano./ La mano que dio por dineros./ Dineros por arte»).

Carambas (1931), *Puentes que no acaban* (1933) y *Salón sin muros* (1936) son muestras de un espíritu curioso y una sensibilidad excepcionalmente dotada para captar las claves de las nuevas corrientes artísticas. Como apunta el editor, un tono confesional domina estos poemarios, presididos por una mirada al exterior descarnada y crítica, pero también por la plasmación de la angustiosa vivencia interior del «yo». Una métrica y un lenguaje libres articulan chocantes imágenes surrealistas que golpean al lector y que captan con brillantez la realidad de un país sumido en una profunda crisis: «Escucha: son los intestinos./ La nación padece aerofagia./ Por encima de los cerros vuelan bigotes y coronas,/ cruces, pilas de bautizar y mitras de asfalto». Asimismo, ponen de relieve la raíz ética y política de la que brota la obra del artista, así como su magnífico olfato para captar los temblores que atravesaban la existencia de la convulsa sociedad española de los años treinta. El tono irónico y la voluntad de sátira recorrerán el resto de la obra del autor, que continuará retratando la guerra y el exilio. Estos poemarios, sin embargo, ponen punto final a la etapa más brillante de su producción, aquella que en opinión del editor revela «lo más auténtico y original de su personalidad lírica. Causas externas y el mismo curso de la existencia afectarán poderosamente la poesía de épocas posteriores».

La etiqueta de «poesía de circunstancias» vuelve cuando llegamos al fruto de la guerra y la posguerra. Moreno Villa continuó en la Residencia, acudiendo invariablemente al Archivo de Palacio y siendo testigo de la crudeza diaria de la contienda, con una mirada que «no se avergüenza de manchar sus versos cuando se trata de pintar el dolor y las miserias de la guerra». El posterior exilio mexicano marca de modo determinante la última etapa, no sólo por el doloroso alejamiento de la patria sino porque en México su atenta mirada le permitió empaparse de las múltiples facetas de la nueva realidad y plasmarlo a través de su poesía («Canciones

a Xochipili») y su pincel. No sólo las nuevas circunstancias geográficas y culturales emergen en la creación del exilio, su boda con Consuelo Nieto y el nacimiento de su hijo en plena madurez impulsan al poeta a explorar su asombro ante su paternidad tardía («Vienes, hijito, cuando ya la luna/ domina todo el cielo de mi vida»). No obstante, estas circunstancias no evitan los períodos de melancolía de los que son fruto sus meditaciones angustiadas sobre el destierro y la nueva existencia cotidiana, retratada como un destino fatal en el célebre «Nos trajeron las ondas» («No vinimos acá, nos trajeron las ondas. / Confusa marejada, con un sentido arcano,/ impuso el derrotero a nuestros pies sumisos»). Sus últimos poemas, algunos publicados y otros inéditos, cierran el volumen con un tono de melancólica añoranza. La antología se cierra con un soneto que reflexiona sobre la caducidad de la existencia desde la consciencia del ocaso inminente: «No hay paridad entre mi ser y el año,/ Cuando el hombre caduca y se termina,/ no vuelve a la niñez y juventud./ Vivir no es repetir cuatro estaciones».

Esta nueva edición de la poesía de José Moreno Villa, necesaria por la esclarecedora aportación crítica de Cano Ballesta, sirve para reivindicar y poner de actualidad a un artista difícil de clasificar, razón por la que suena frecuentemente al final de la nómina de los que conformaron la Edad de Plata española. La apuesta de Moreno Villa por un coloquialismo fresco y cercano, su voluntad de escribir una poesía cercana a la realidad nos deja un testimonio profundamente humano. El trasfondo ético y vital que aflora en estos poemas, gracias a la huida de retóricas vanas y exquisiteces vacías, hace de ésta una obra «marcada por la reflexión y el pensamiento» que combina a la perfección «la audacia innovadora y una gran solera y arraigo en la poesía española de siempre». El valor de esta antología se encuentra en que se formula como una propuesta para acercarnos a una poesía extraordinaria por el valor literario, artístico y, sobre todo, humano del que consiguió dotarla Moreno Villa ©